

ANTONIO DURAN GUDIOL

LAS IGLESIAS MOZARABES DEL SERRABLO





*Fragmento del ábside
de SATUE.*

*Dibujo portada:
LARREDE.*

*Iglesia y torre mozárabes de San Pedro,
siglo X. Monumento
nacional.*

La región altoaragonesa de Serrablo, situada entre el Viejo Aragón y el condado de Sobrarbe, con capitalidad moderna y afectiva en la industriosa ciudad de Sabiñánigo, guarda un entrañable conjunto de monumentos prerrománicos, que abren un capítulo inédito en la historia del arte hispánico. Un considerable número de pequeñas iglesias de características muy peculiares, con apasionantes problemas de cronología y de clasificación estilística.

Mirados desde Castilla, los monumentos serrableses han sido juzgados como ejemplares de un mozarabismo sentido por tradición pero perdido en la lejanía. Y con-



LARREDE, detalle del lateral este.

templados desde Cataluña, han parecido responder a los impulsos del primer románico catalán aunque con algunos influjos mozárabes. Se trata, no cabe duda, de dos caminos metodológicos válidos, pero hemos creído más conveniente intentar la andadura por un tercero, no menos válido en principio y, seguramente, más certero a fin de cuentas: el de la búsqueda de una explicación del fenómeno artístico serrablés desde el propio Aragón, básicamente. Dada la falta absoluta de documentación escrita —la única que podría permitir llegar a conclusiones más o menos definitivas—, nosotros, sin despreciar las otras dos, hemos preferido esta tercera vía.

caracteres

La iglesia serrablesa suele ser una sala rectangular de reducidas dimensiones, terminada en ábside generalmente semicircular, con el complemento de una esbelta torre campanario, emplazada en su flanco Norte o Sur.

En su interior, el ábside suele parecer con bóveda de cañón, la nave cubierta con techumbre de madera y la torre con bóveda esquifada y tejado a dos o cuatro vertientes.

Como elementos arquitectónicos más destacados hay que mencionar el empleo del arco de herradura

y del arco semicircular; las ventanas de uno, dos o tres vanos; el alfiz; el friso de baquetones en la decoración mural de ábsides y torres; y las arcuaciones ciegas —en número de cinco, siete o nueve— en el exterior del ábside.

Hemos calificado como «primer mozárabe altoaragonés» los monumentos que presentan todos los elementos que acabamos de citar, monumentos que fechamos como de la segunda mitad del siglo X.

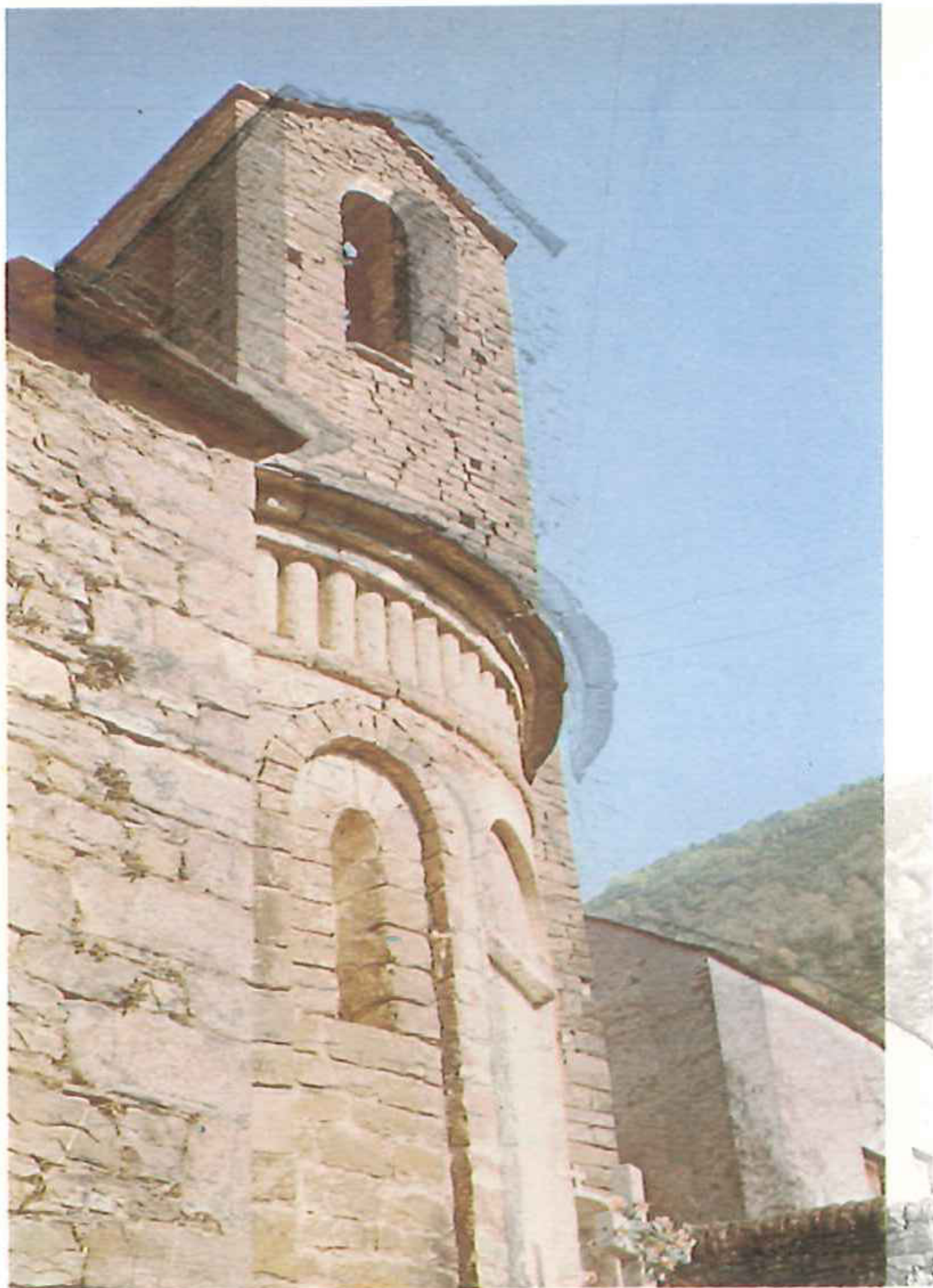
En un segundo periodo, que va del año 1000 al 1025, olvidados el arco de herradura y el alfiz, se mantienen el friso de baquetones y las arcuaciones murales en los ábsides.

Y en una tercera etapa, del año 1025 al 1050, el modelo anterior de arcuaciones del ábside cede a otro de arquería lombarda, que mantiene el empleo del friso de baquetones.

Sean cuales fueren el estilo y la cronología que los eruditos quieran atribuir al conjunto serrablés, está comprobado que ejemplares parecidos a las iglesias de Serrablo no se encuentran fuera de esta región altoaragonesa. De ahí la originalidad de este modelo y el interés que despierta entre los estudiosos del arte en general y del hispánico, en particular.

*OLIVAN.
Vista posterior, con el
ábside adosado al modo
clásico de las iglesias
serrablesas.*





OLIVAN, detalle del ábside.

el alto aragón

Salvo la ciudad de Zaragoza que siempre ha gozado de un merecido prestigio, Aragón ha sido objeto de cierta desvalorización, originada por el precario conocimiento de su historia, habiendo sido conceptualizado, para decirlo en palabras actuales, como país escasamente desarrollado, ahora como en el pasado. Dada esta opinión es natural y hasta lógico que el estudioso del arte se sorprenda ante el fenómeno de las iglesias serrablesas y trate de buscar una explicación desde fuera del país, que por sí mismo sería incapaz de producirlo.

En consecuencia, si estos monumentos no se parecen a los ejem-

plares mozárabes de Castilla, León, Galicia o Cataluña, habrá que concluir que las iglesias serrablesas no pueden ser mozárabes, aún cuando contengan algún elemento arquitectónico que recuerde este estilo. Porque no se considera pensable que pudieran ser producto de unas coordenadas culturales distintas de las de otros reinos hispánicos.

Para la mejor compensación del arte serrablés será oportuna, sin duda, cierta revalorización histórica del Alto Aragón, cuya vitalidad ayude posiblemente a subrayar el hecho de que, en el curso de tres siglos, viera la creación de tres ciudades: la de Barbastro, fundada en la primera mitad del siglo IX, por Jalaf ibn Rasid; la de Roda de Isábena, erigida en el lugar de un antiguo castillo en el primer tercio del siglo X por el conde Bernardo Unifredo de Ribagorza; y la de Jaca, creada hacia el año 1076 por el segundo rey aragonés, Sancho Ramírez.

Al mismo fin, convendrá también recordar las un tanto preferidas figuras de tres caudillos altoaragoneses: Muhammad al-Tawil, el walí de Huesca, que consiguió un reino propio, que iba de Tudela a Lérida, mucho mayor que el conseguido por los aragoneses de los primeros años del siglo XII; el malogrado Galindo Aznarez II, conde de Aragón, cuyo movimiento expansionista quebró el rey Sancho Garcés I de Navarra; y el conde Bernardo Unifredo de Ribagorza, el celebrado Bernardo del Carpio de la época medieval.

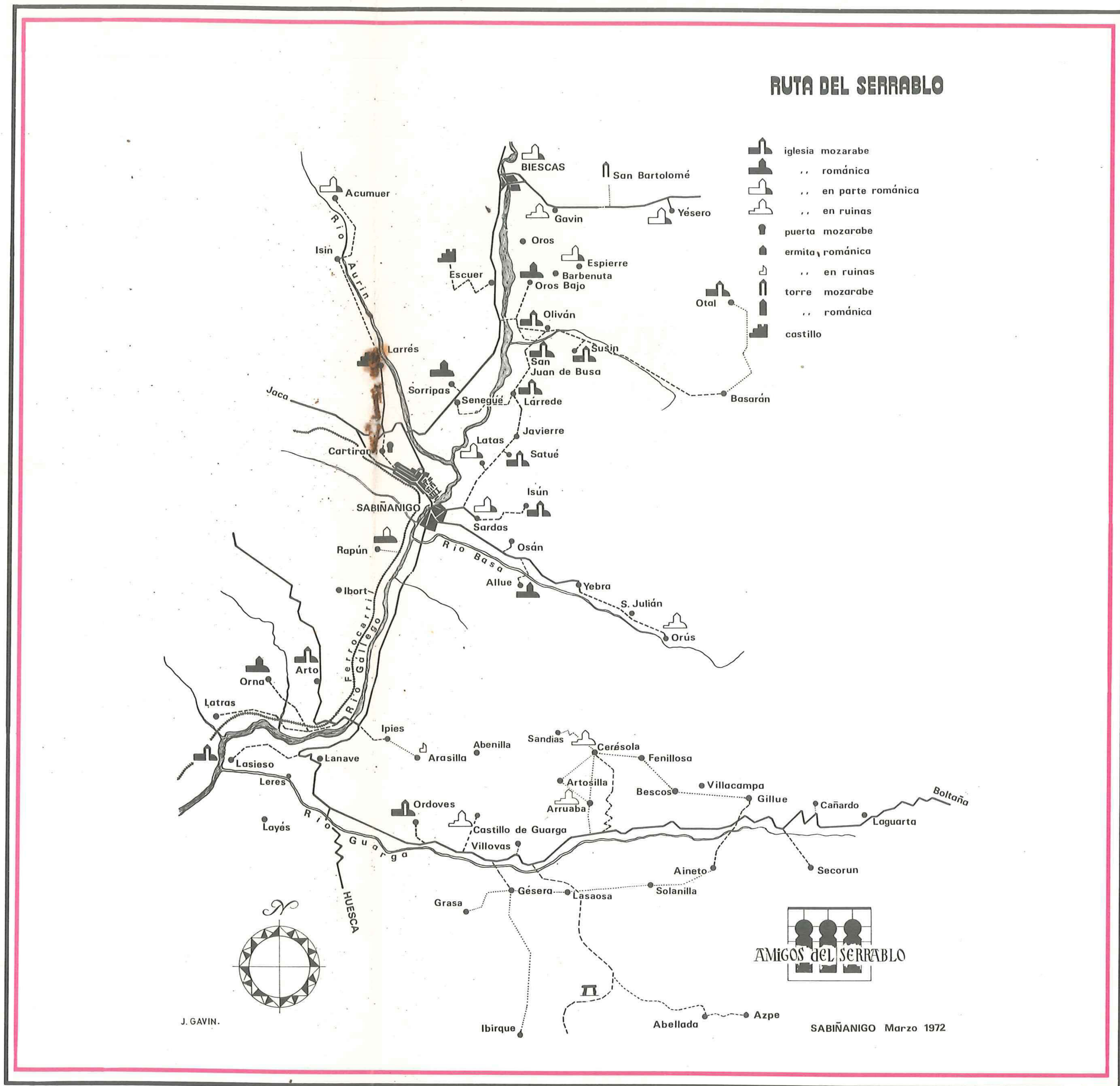
El espacio de que disponemos no permite una más extensa exposición de la importancia histórica del Alto Aragón en el siglo X, que un deformado cliché del país nos presenta como un primitivo pueblo de campesinos y pastores de escasa entidad.

En el plano cultural, es conocida la importancia del monasterio de San Pedro de Siresa, en el valle

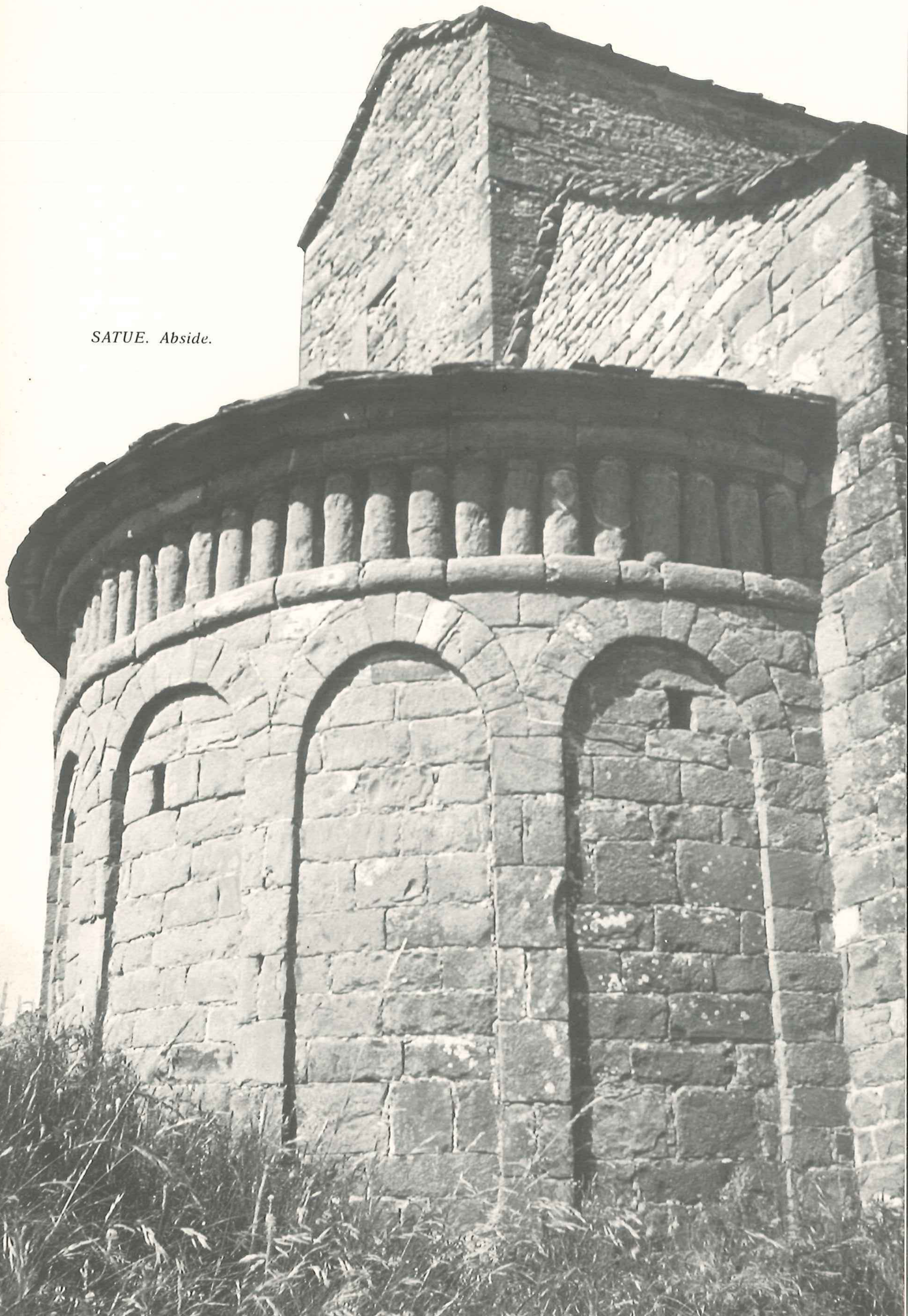
de Hecho, el más grande que jamás ha visto el Alto Aragón, ya que contaba a mediados del siglo IX con una comunidad compuesta de un centenar de monjes y con una nutrida biblioteca con un excelente fondo de autores clásicos, según el testimonio de San Eulogio de Córdoba que lo visitó en el año 848.

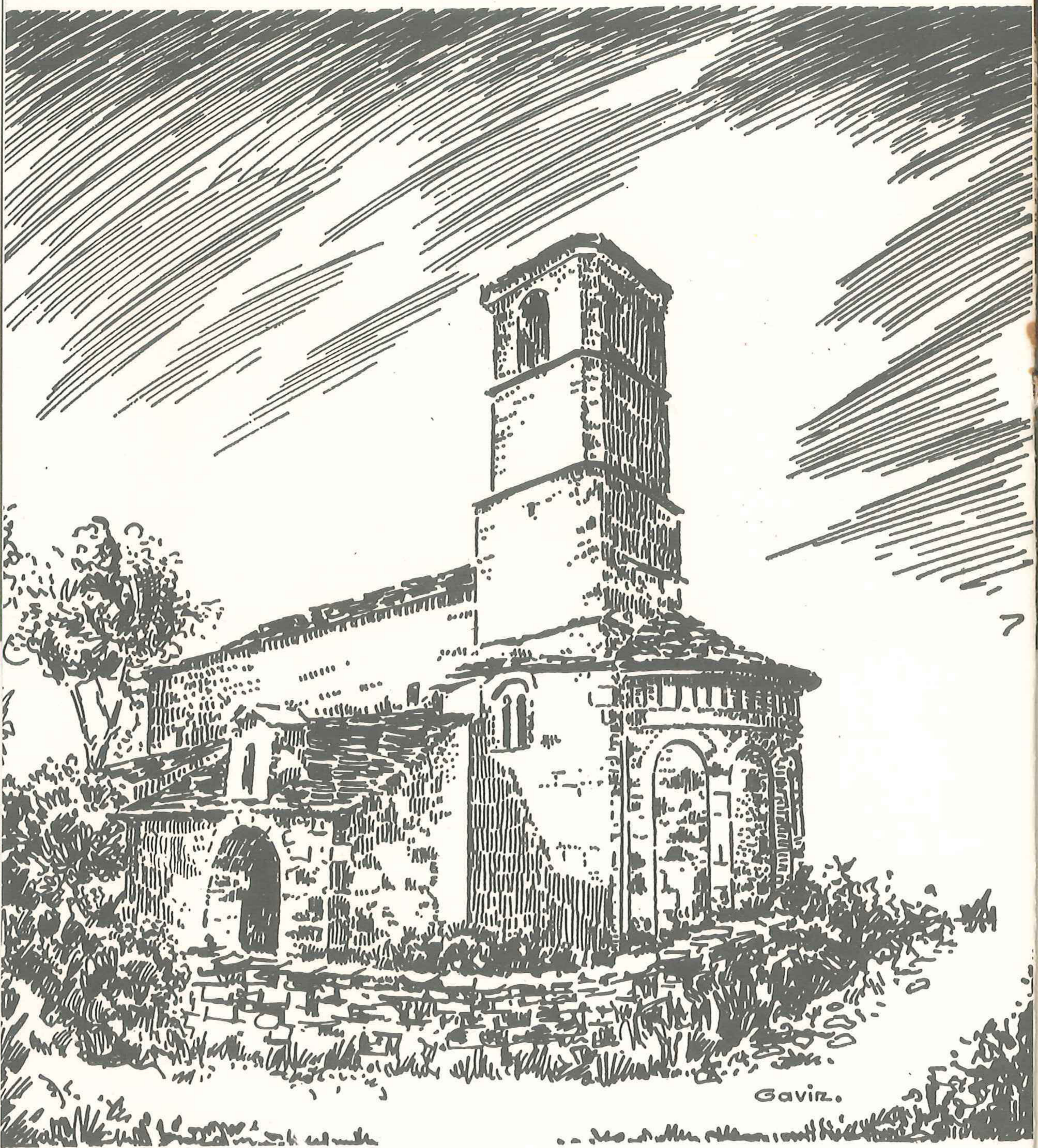
Menos conocido y prácticamente sin estudiar es otro centro eclesiástico, situado éste en la tierra baja, cerca de la ciudad musulmana de Huesca: Montearagón. A propósito de éste, el cronista árabe al-Udrí, muerto en Valencia el año 1085, dice que «al-Yabal Aragon» era famoso entre los cristianos. Se refiere, naturalmente, a los cristianos anteriores a la conquista del **regnum Oscae**. Nos preguntamos a qué podría ser debida esta fama del Montearagón de antes de la célebre abadía agustiniana, fundada por el rey Sancho Ramírez. Aunque pensamos volver sobre este intrigante problema en un estudio monográfico, queremos apuntar aquí nuestra hipótesis: puede tratarse del monasterio visigodo de San Victorián de Asán, íntimamente relacionado con la sede mozárabe de Huesca.

El peso del centro eclesiástico-cultural de Huesca mozárabe sobrevivió la conquista de la ciudad por el rey Pedro I el año 1096, como se desprende de la obra del sabio oscense rabí Moisés, convertido al cristianismo en el 1106 y bautizado con el nombre de Pedro Alfonso, médico de Alfonso I el Batallador, introductor de la medicina y de la astronomía en Inglaterra y autor de los «Diálogos contra los judíos» y de la serie de cuentos titulada «Disciplina clericalis», el antecedente del «Mester de clerecía». Es de destacar asimismo la producción de prosas litúrgicas, que recuerdan la reciente operación militar de la conquista aragonesa de Huesca y se preocupan por la coexistencia con los musulmanes, debidas a la escuela himnológica de esta ciudad, estudiada por Szövérfy.



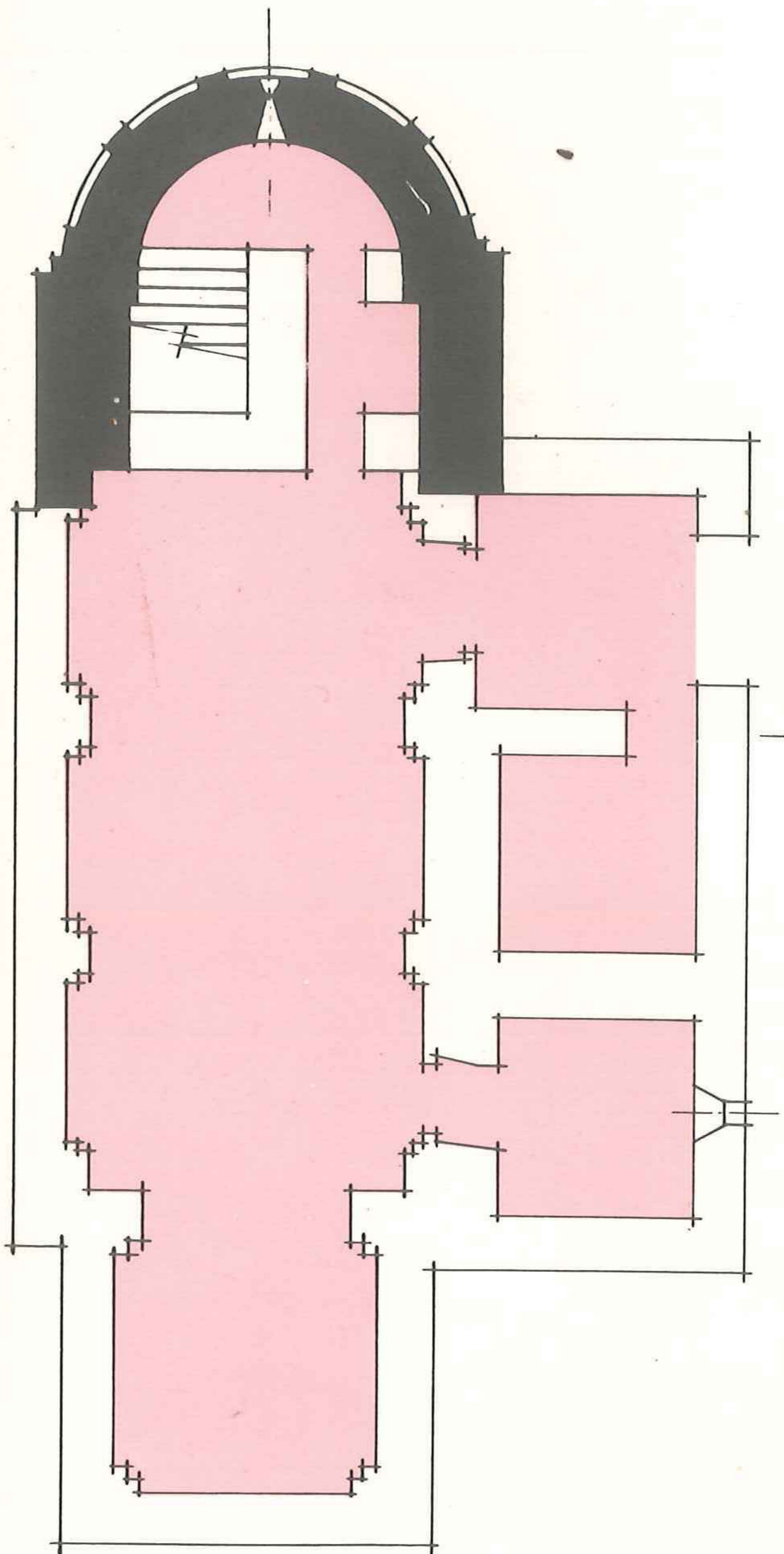
SATUE. Abside.





SUSIN. Iglesia mozárabe, de finales del siglo X.

estilo



SUSIN.

Planta de la Iglesia.

Fotografía última portada:

LARREDE. Se aprecia en esta vista de la fachada posterior la superposición de planos formada por la nave y el ábside.

Calificamos de mozárabe el estilo arquitectónico de las iglesias serrablesas, aún a sabiendas de que guardan escasa relación con el mozarabismo artístico de otros reinos hispánicos. Quizá con una mejor matización debería llamarse estilo carolingio-mozárabe el de los monumentos objeto de este trabajo, puesto que convergen en ellos estas dos corrientes culturales, según creemos, corrientes que indudablemente se daban en todo el Alto Aragón.

En el campo de la paleografía, ello es certificado por tres fragmentos de códices altoaragoneses muy significativos dentro de su precariedad material. Nos referimos a un sacramentario, a un antifonario y a un salmógrafo.

Del **sacramentarium** se conserva un folio en el archivo de la Catedral de Huesca: está escrito en letra carolina, puede fecharse hacia el año 970 y procede del monasterio de Siresa. El llamado «Libro de San Voto» del monasterio de San Juan de la Peña tiene incorporados ocho folios de un **antiphonarium** mozárabe puro, escrito en letra minúscula visigótica de la segunda mitad del siglo X y con notación musical también visigótica. El fragmento del **psalmographus** del antiguo rito hispánico, procedente del monasterio de Montearagón se halla en el Archivo Histórico Nacional.

Estos tres fragmentos de códices litúrgicos, a nuestro entender, constituyen una línea cultural paralela a la artística de las iglesias de Serrablo. Tanto en la paleografía como en la arquitectura altoaragonesas se dan las mismas coordenadas: dos culturas, la carolingia y la mozárabe, y una cronología idéntica, la segunda mitad del siglo X, aunque en el campo arquitectónico el mozarabismo se manifiesta a través de elementos derivados del arte musulmán.

